

Asentada la existencia de los efluvios substanciales, no será difícil descubrir que tenemos en ellos, aunque en pequeño cuerpo, un validísimo agente para muchos efectos, que, por ser invisibles sus causas, se atribuyen á simpatías y antipatías. No ménos en las obras de la naturaleza que en las del arte, en virtud de la disposición maquina, débiles impulsos producen insignes movimientos. En una pestilencia, ¿quién degüella tantos millares de hombres, sino estos sutiles efluvios? Es manifiesto que no es alguna cualidad maligna impresa en el ambiente, como se decía en el idioma galénico; porque con cualquiera viento impetuoso que corra se remuda todo el ambiente de una provincia, sin que cese en ella el estrago ni se comunique á otra distante, á donde es llevado aquel ambiente; y así, sólo puede ser ocasionada la mortandad por los hálitos que despide la tierra en virtud de determinadas fermentaciones minerales, que se excitan en sus senos, cuando la pestilencia tuvo su origen en la región infestada, ó por los corpúsculos que se comunican de unos cuerpos á otros, para hacer el oficio de fermento maligno en ellos, cuando es comunicada de otra región.

Pero á donde más claramente se conoce que un corto efluvio de tenuísimos corpúsculos puede ocasionar en los cuerpos mayores portentosas inmutaciones, es en los efectos que hacen los olores aromáticos en las mujeres ocasionadas á pasiones histéricas. Aquella cortísima copia que en un cuarto de hora exhala un grano de almizcle, basta para excitar terribles movimientos convulsivos en más de dos mil mujeres. Y si es verdad lo que contra Galeno asientan, como testificado por la experiencia, Fernelio y otros médicos doctos, del ascenso del útero en el afecto histérico, mucho más maravillosa atracción es esta que la del imán, pues un tenuísimo vaporillo que entra por la nariz llama arriba violentamente aquel vaso, que, según los anatómicos, está atado con cuatro fuertes ligaduras.

De la vária configuración y movimiento de los corpúsculos que manan de una substancia, depende ser cómodos ó incómodos, útiles ó nocivos á otra, según la textura y poros que hallen en ella; pues vemos que esto mismo sucede en las substancias que obran inmediatamente por su cuerpo principal, y no por medio de sus efluvios. Así, la agua régia, compuesta del espíritu de sal marino, disuelve el oro, y no la plata. La agua fuerte, compuesta del espíritu de nitró, disuelve la plata, y no el oro. El espíritu de vino líquida la cera, sin hacer este efecto en otro cuerpo alguno. Ni tiene más misterio que éste el decantado prodigio de que unos rayos deshacen unos cuerpos, y otros otros.

A la causa dicha se deben atribuir los más de los efectos que se prohijan á imaginarias simpatías y antipatías, especialmente en las dos grandes familias de animales y vegetales. Bien sé que Bacon discurrió en orden á los vegetales por principios más simples, diciendo, que la buena ó mala sociedad que se hacen algunas plantas nace de alimentarse del mismo ó diverso jugo terrestre; de modo que aquellas plantas que se alimentan del mismo jugo, mutuamente se dañan si se plantan vecinas, porque hay para cada una ménos alimento. Al contrario, las que se nutren de diverso jugo se hacen buena

compañía, porque no tienen querrela sobre robarse una á otra el humor nutritivo; y áun á veces es positivamente provechosa á una planta la vecindad de otra semejante, porque chupa de la tierra aquel humor que á esta le está bien, y á aquella fuera nocivo. Así se dice, que el rosal plantado entre ajos produce más bellas y olorosas flores, chupando el ajo aquel jugo fétido que éste necesita, y á la rosa le entibiará su fragancia.

El abad de Vallemont, en su tomo primero de *Curiosidades sobre la vegetación*, abrazó como inconcusa la sentencia de Bacon, y yo no dudo que tenga mucho de verdad. Ciertamente, para que un árbol grande, especialmente si extiende sus raíces por la superficie de la tierra, haga malísima vecindad á las plantas menores, no ha menester más que el principio señalado de robarles el jugo, aunque también se añade á veces quitarles el sol. También donde los jugos que necesitan dos plantas son recíprocamente nocivos, parece sólida la razón que se ha dado. Pero no parece bastante el principio establecido para salvar la terrible discordia de algunas plantas (si en realidad hay tanta) que mutuamente se destruyen, quedando ambas muertas en el campo, como del combate de Juba y Petreyo escribe Séneca: *Petreyus, et Juba concurrerunt, jacentque alter alterius manu cæsi*. Así dice el padre Kircher, que se oponen la berza ó repollo y la yerba llamada ciclamen, la ruda y la higuera, la caña y el helecho: *Adeo sævas luctus ineunt, ut utrumque viribus destitutum marcescens contabescat* (1). Digo, que tan mortal ojeriza no se salva por la precisa necesidad del mismo género de alimento. Pues si fuera esta la razón, lo mismo sucediera entre dos cualesquiera plantas de la misma especie, de quienes es claro que necesitan del mismo género de jugo; y la experiencia muestra lo contrario. Así es, sin comparación, más probable, que este daño que se hacen dos plantas de diferentes especies proviene de los hálitos nocivos que en la vecindad se comunican de una á otra, los cuales pueden ser, ó recíprocamente nocivos, de modo que mutuamente se dañen, ó padecer solamente una la injuria, sin tener fuerzas para la venganza.

Del mismo principio puede depender la aversión con que huyen unos animales de otros, cuando esto no nace de principio más manifiesto. Nosotros nos desviamos con horror de algunos brutos, cuyo olor nos ofende. ¿Qué mucho que entre ellos suceda lo mismo? La sensación molesta de cualquiera otro sentido puede producir semejante efecto. Si fuese verdad que el león huye del canto del gallo, y el tigre del ruido del tímpano, sería porque esos sonidos les son en extremo desabridos. He dicho «cuando esto no nace de principio más manifiesto», porque el que la oveja, animal tímido, huya del lobo, viendo que la acomete furioso, no ha menester más principio que aquel conocimiento que á todos ó casi todos los brutos imprime el natural instinto. Del mismo modo huyen del hombre ú de otro cualquier animal de cuerpo superior al suyo cuando le ven arrojarse con ímpetu. En el segundo tomo, discurso segundo (*), hemos condenado como fabuloso lo que se dice de

(1) De Art. Magnet., libro III, capítulo II.

(*) Sobre la historia natural. Es uno de los discursos omitidos, por contener errores de historia natural, que ya nadie cree. (V. F.)

simpatías y antipatías, cuya oculta fuerza vive y se conserva en los cadáveres de los brutos; y así, para estos efectos, como puramente imaginarios, no es menester buscar la causa en los efluvios de sus cuerpos, sino en la ficción de los hombres (1).

§ VII.

En cuanto á los movimientos de los corpúsculos, no omitirémos aquí una cosa bien admirable, y es, que algunos una vez puestos en agitación, ó en el aire, ó en el agua, ó en otro líquido, espontáneamente se componen en alguna particular figura, como el sal común en cubos, el nitró en columnas hexágonas, los sales sacados de las plantas, cada uno se configura en modo determinado, el cristal se congela en prismas de seis ángulos. El que llaman los químicos árbol filosófico, ó árbol de Diana, es fenómeno muy especial en esta materia.

Pero lo más prodigioso que hay en este particular es la que llaman palingenesis ó resurrección aparente de animales y vegetales. Dicen algunos autores que las cenizas de algunas plantas echadas en agua, que se pongan á helar en una noche de invierno, parecen por la mañana formadas en la figura de la misma planta de quien se hicieron las cenizas. Otros dicen que esta nueva fábrica resulta echando en el agua los sales extraídos de las cenizas. Jacobo Gaffarelo, citado por el abad de Vallemont en su libro de *Curiosidades inauditas*, refiere de un médico polaco que conservaba en varias vasijas de vidrio, separadas las cenizas de muchas plantas, y que cuando quería mostrar la figura de alguna flor, pongo por ejemplo de la rosa, poniendo al fuego de una candelilla la vasija donde guardaba las cenizas del rosal, se veía, que agitándose la ceniza, se iba formando como una obscura nubecilla, la cual, después de un leve movimiento, representaba una rosa tan bella, tan fresca y tan perfecta, que parecía se podía palpar, no siendo verdaderamente más que una imagen de la rosa. No sólo el autor referido, mas también el padre Gaspar Schotti, en el Apéndice de la segunda parte de la *Física curiosa*, capítulo II, cuenta, que monsieur de Claves, célebre químista francés, formaba perfectamente con el mismo arte las figuras de los pájaros que había reducido á cenizas. Raro arte, que en un vil gorrión ostentaba á la vista el no creído milagro del fénix. Gaffarelo tiró tan larga consecuencia de estas

(1) Gasendo (tomo I, *Phisic.*, libro VI, capítulo II) refiere como testigo de vista un caso gracioso, y que muchos dificultarán atribuir á otra causa que á una verdadera antipatía. Un rebaño de cochinos que estaba en la plaza, al ver pasar un hombre que tenía por oficio matar estos animales, se conmovió extrañamente, gruñendo hacia él y mirándole con furor. ¿Quién les había dado noticia de la mala obra que aquel hombre hacía á los de su especie? Sin embargo, Gasendo no reconoce en el caso alguna antipatía; si sólo que los efluvios de los cochinos muertos, adherentes al cuerpo y ropa de aquel hombre, comunicados por el olfato á los vivos, los conturbaban y ofendieron. Confirma este modo de filosofar lo que yo vi estando huésped en nuestro colegio de Santa María de Obona, dentro de este principado. Un lobo, en un prado vecino al colegio, había muerto de noche una ternera. El día siguiente, al anocheecer, trayendo á recoger un rebaño vacuno por el mismo sitio

apariciones, que al mismo principio natural de donde dependen estas quiso atribuir las de los difuntos en los cementerios y en los campos donde se dieron batallas.

Yo no saldré por fiador de alguna de estas experiencias, y especialmente sabiendo que el famosísimo físico experimental Roberto Boyle dice que en varias pruebas que hizo nunca logró ver el diseño de la planta, con cuyas cenizas ó sales había hecho el experimento; y así, atribuye la aseveración de los autores que atestiguan este natural prodigio, á que le vieron más con la imaginación que con los ojos: *Et sanè magnopere ve-reor, ne qui se hujusmodi plantarum simulacra in glacie vidisse profitentur, imaginationem non minus, quam oculos, ad hoc spectaculum adhibuerint* (2). Con este testimonio, parece que va por tierra la palingenesis de las plantas. Sin embargo, el mismo Boyle la restablece en alguna manera con otro experimento suyo; porque habiendo disuelto en agua una porción de orin de cobre (el cual dice contiene muchas partículas salinas de las uvas coaguladas en el cobre que se royó con ellas), congelando el agua con nieve y sal, vió con admiración formadas en imagen perfectamente las vidés. Por si acaso yo yerro algo en la traducción, pondré sus mismas palabras: *Enim vero nos ipsi, cum non ita pridem optima æruginis (quæ salinas uvarum particulas in cuprum ab ipsis corrosum coagulatas copiose continet) solutionem pulcherrime virescentem sale, et nive congelassemus, figuras in glacie minusculas, vitis speciem eximiè referentes, non sine aliqua admiratione conspeximus*.

No es tiempo ahora de decidir si es causa extrínseca ó virtud congénita la que, así en los sales disueltos, como en los efluvios disipados, dirige el movimiento de los corpúsculos, para ordenarse en esta ó en aquella figura; pero se puede asegurar que la configuración de ellos hace mucho, así en esta como en otros muchos efectos que se atribuyen á simpatía y antipatía. La razón es, porque de su figura depende el ser admitidos de los poros de algunos cuerpos, y no de los otros, según que las cavidades de los poros son ó no son proporcionadas á la magnitud y figura de los corpúsculos. Por esto se observa en muchos cuerpos el fácil regreso de los efluvios mismos, que se desprendieron de ellos, y es, que las cavidades de donde salieron son ajustadas á su tamaño y figura. Así el vitriolo, despojado de todo el espíritu, puesto á cielo descubierto, vuelve á recobrarle, no por alguna virtud atractiva, si porque las

donde había sido muerta la ternera, aunque no había quedado allí parte alguna del cadáver, al llegar al sitio, todos los bueyes y vacas se detuvieron un rato, bramando, como que testificaban ó su dolor ó su ira; efecto sin duda de los corpúsculos remanentes en la tierra, ó que exhalaba la sangre allí vertida.

Al mismo principio se debe atribuir lo que testifica el marqués de San Aubin. En París, unos hombres pobres y viles, que viven de buscar trapos por las calles, cogen también los perros que pueden, para desollarlos y aprovecharse de su pellejo. Dice, pues, el autor, que algunas veces se ve, que al pasar por la calle alguno de estos traperos, salen de las casas de la vecindad todos los perros á ladrar contra él. Esto mismo han observado algunos en Madrid.

(2) In Tentamin. Physiolog.

partículas accidísimas que vagan por el aire, al entrar por los poros del vitriolo, paran en ellos, porque les vienen ajustados. Así la tierra lavada de todo el nitro que tenía, de nuevo se embebe de nitro, entrándose en sus poros las partículas de este sal, que nunca faltan en el ambiente. Así cualquiera licor que se ha extraído químicamente de algún cuerpo, facilísimamente se embebe en el mismo cuerpo de donde salió; lo que no hace, ni con tanta facilidad, ni con tanta intimidad, cualquiera otro licor.

De los cuerpos forasteros á los efluvios, unos tienen los poros acomodados á ellos, otros no. De aquí es que unos cuerpos reciben fácilmente algunos olores, y otros no. Las heces de vino desecadas, expuestas al ambiente en tiempo de rosas, embeben admirablemente su fragancia, de modo que hay autor que dice haber experimentado, que despues todos los años la manifiestan al tiempo que los rosales florecen. De aquí es, que el sal, por más que se desequie puesto al aire, fácilmente embebe la humedad que encuentra en él. Al contrario, por la incongruidad de poros con las partículas del agua, las plumas de las ánades, por mucho tiempo que estén metidas en ellas, jamás se humedecen.

En los mismos efluvios de varios cuerpos, comparados unos con otros, se debe discurrir del mismo modo. Esto es, que algunos se unen fácilmente por la congruidad respectiva de las figuras de los corpúsculos de que constan; otros por la incongruidad de ellas jamás se unen; y este es también un principio bastantemente fecundo para dar razón de varios fenómenos admirables.

§ VIII.

Pero no todos los efectos que vulgarmente se atribuyen á simpatías y antipatías dependen de los efluvios señalados; hay muchos que tienen diferente origen.

Aquella inclinación ó aversión con que anteriormente al trato y experiencia se miran á veces unos hombres á otros, aunque comunmente se pone en el orden de simpatía y antipatía, por considerarse su principio oculto, le tiene muy manifiesto. Llega un hombre donde están jugando otros, á quienes nunca había visto, y luego desea que gane este más que aquel. Si le preguntan por qué se inclina más á éste, dice que no sabe por qué. Pero el decir que no sabe el motivo es mera falta de reflexión. Refleja le ignora, directamente le sabe. Son muchas las cosas que, por estar colocadas en la superficie de los individuos, en brevísimo tiempo ó casi instantáneamente se perciben, y sin más dilación nos agradan ó desagradan. Así como ántes de registrar los fondos de los sujetos, una presencia venerable nos infunde veneración, y la contentible desprecio, sin que haya aquí nada de simpatía ni antipatía; del mismo modo para la inclinación ó aversión hay unos conciliativos extrínsecos, que luego dan golpe y ganan la voluntad por el conducto del entendimiento, áun ántes que use de reflexión el discurso. Un gesto agradable, un modo de mirar dulce y vivo, un despejo noble en el movimiento, la articulación y el metal de la voz, que cuadran al oído, otras mil cosas que están en los hombres á primeras cartas, en un momento pasan por el

conducto de los sentidos al entendimiento, el cual aprobándolas por buenas y apreciables, aunque sin hacer reflexión en que las aprueba, se las hace abrazar á la voluntad. Del mismo modo agrada de golpe un sitio delicioso, un edificio bien dispuesto, ántes de examinar reflejamente la proporción de sus partes, y áun á quien no es capaz de examinarla.

Sólo, pues, las especies representativas que entran por los sentidos y estampan en el entendimiento imágenes agradables, producen en el alma estas súbitas inclinaciones, ó los contrarios afectos si son desagradables las imágenes. Lo cual se evidencia, lo primero, de que si uno llegase con los ojos y oídos cerrados adonde estuviese un millar de hombres, no sentiría en sí inclinación ni aversión respecto de alguno de ellos, áun tomado vagamente y sin designarle. Lo otro, de que hay sujetos que tienen este pronto atractivo casi generalmente para todos, ó á lo ménos para muchísimos de indoles y complejiones entre sí muy diferentes.

§ IX.

Tanto en las substancias sensibles como en las insensibles, muchos efectos que se atribuyen á simpatía, ni dependen de esta imaginaria concordia, ni de alguna acción ó influjo, ni físico, ni objetivo, que haya de uno á otro cuerpo, si de alguna causa comun que obra al mismo tiempo en uno y otro, por concurrir las mismas disposiciones en entrambos. Explicaréme con un ejemplo palpable. Dos relojes bien regulados dan á un mismo tiempo las horas. Nadie por eso dirá que esto proviene de alguna correspondencia simpática, si sólo de que teniendo entrambos la misma disposición maquina, el peso ó el muelle, que es causa comun á uno y otro, los determina del mismo modo y por los mismos períodos al movimiento (1).

Por este principio se puede dar razón clara de varios efectos que se imaginan simpáticos. El vino hierve en las vasijas al tiempo mismo que brotan y florecen las cepas que le fructificaron, no por simpatía, como dicen

(1) A la misma causa también que explicamos en este número, es justo reducir lo que el citado marqués de San Aubin refiere de los dos hermanos gemelos Nicolás y Claudio de Rousi, que sobre ser extremadamente parecidos en el exterior, lo eran igualmente en todas sus inclinaciones y padecían las mismas enfermedades. Esto tiene poco misterio. A la misma disposición orgánica y humoral, junta con la misma educación, se siguen las mismas inclinaciones, y este complejo influye también las mismas enfermedades. Pero lo que añade, que recibieron las mismas heridas, ó es fabuloso, ó fué mera casualidad; pues aunque admitiésemos la más rígida simpatía, es evidente que no pudo influir en las acciones de los que los hirieron, y mucho ménos determinarlos á herir en tal ó tal parte.

Asimismo se debe reputar, ó fábula, ó casualidad, lo que más abajo cuenta el mismo autor del presidente de Bauquemar, semejantísimo en todo á un hermano militar que tenía, que cuando este fué muerto en el ejército, en el mismo momento sintió el Presidente ser herido en la misma parte donde lo había sido su hermano, y que murió pocos días despues.

En el segundo tomo de las *Memorias eruditas* se refiere, como ejemplar innegable de rigurosa simpatía, el que una mujer, cuando su marido fuera de casa, instado de los que le convidaban, se embriagaba y vomitaba (según la relación, siempre ó comunmente se seguía á la embriaguez el vómito), á su mujer se le alteraba el estómago y también vomitaba. Pero yo he hallado facilísimo explicar esto, sin recurrir á químicas simpatías. La

unos; tampoco porque de las vides partan sutiles efluvios á fermentar el vino en las bodegas, como piensan otros; sino porque los espíritus del vino y los contenidos en las vides, en caso que no sean del todo semejantes, por lo ménos son análogos ó con cierta proporción de la misma temperie; por tanto, guardan los mismos períodos en sus fermentaciones, que son excitadas por las mismas causas, en atención á concurrir en unos y otros semejantes disposiciones. Ni tiene esto más misterio que el que dos árboles frutales de la misma especie, colocados en lugares remotísimos, al mismo tiempo florezcan y fructifiquen. Verdaderamente, ¿quién creará que el vino guardado en Inglaterra, donde no hay viñas, hierve porque de Francia, España ó el Rin parten en posta por el aire á buscarle los corpúsculos, que se exhalan de las vides de estas regiones?

La carne de ciervo acacinada fermenta sensiblemente, y á veces se corrompe, en aquel tiempo en que los ciervos se sienten incitados al comercio de los dos sexos, no porque de los ciervos que discurren por los montes vengan espíritus ó corpúsculos á fermentar en las despensas; si porque la carne viva y la muerta tienen aquella semejanza en la temperie, que basta para fermentar, aunque de diverso modo, al mismo tiempo.

Lo que refiere Bartolino, de que habiéndose guardado un pedazo de cútis quitado de la cabeza de un hombre, con ocasion de una herida, los pelos radicados en aquel trozo de cútis se emblanquecieron al mismo tiempo que se encaneció el hombre á quien se había quitado, no necesita de otra explicación y causa que la expresada.

§ X.

Por la misma regla de proceder dos efectos de una misma causa, se explica el célebre fenómeno de dos cuerdas, que, templadas en *unisonus*, hiriendo sólo la una, suenan entrambas. No creen algunos esta experiencia, y de hecho no se logra del modo que comunmente se compone, esto es, en dos cítaras distintas. Para que suceda, se ejecuta de este modo: puestas en una cítara las cuerdas, y templadas la primera y última en *unisonus*, dejando las intermedias en cualquiera otro punto, si una de las dos extremas se hiere con vehemencia, suena la otra que está en el mismo punto, callando las intermedias, aunque más inmediatas. El jesuita Dechales, autor fidedigno y exacto en el más alto

mujer sabia sin duda esta fragilidad habitual de su marido, porque, según la relación, esto le sucedía siempre que se ausentaba de casa para tratar algún negocio, ó iba á visitar algún amigo, ó algún lugar de recreo, en donde le convidaban á beber. Sabiendo esto la mujer, y siendo delicada y aprehensiva, cuando sucedía una de estas ausencias de su marido, quien verisimilmente le diría: Voy á tal cosa, ó á la casa de Fulano ó Citano; al llegar la hora en que discurría que en su marido hubiese hecho el vino el efecto ordinario, la consideración del vómito la ocasionaba un grande asco, á que se seguía vomitar ella también. Es verdad que en la relación se dice que ella no sabía nada de lo que sucedía al marido. Mas á esto repongo que aunque no lo supiese con total certeza, de la misma relación se infiere que lo conjeturaba con mucha verisimilitud, y esto bastaba para el asco y para el vómito. Si se quiere apretar más el caso, poniéndole en términos en que no pudiese pender el vómito de la mujer de su aprehensión, responderé que los que se empeñan en preconizar una cosa admirable, cuando ven que se les desvanece

grado (á quien seguimos en la noticia, y seguiremos en la explicación física de este efecto), dice, que habiéndose hecho muchas veces la prueba, jamás le falseó; pero advierte que el instrumento sea grande. Las experiencias que él hizo fueron en el violon bajo, que los franceses llaman *base de viole*. Y tan cierto estaba del suceso, que, cerrados los oídos, sabía por los ojos cuando las cuerdas se ponían en *unisonus*, observando el temblor que resultaba en una cuerda al herir la otra.

Digo que en este caso el movimiento, y por consiguiente el sonido de las dos cuerdas proviene del mismo impulso; porque la misma mano que mueve inmediatamente la una, moviendo con ella el aire intermedio en continuación hasta la otra cuerda, mueve mediatamente esta. La dificultad que luego ocurre es, ¿cómo no mueve y hace sonar las otras cuerdas que están más próximas? Para inteligencia de la respuesta se advierte que en las cuerdas unisonas son iguales en cuanto á la duración las vibraciones, y desiguales en las que no son unisonas. Lo que sucede, pues, en las no unisonas es, que aunque impelida la una con la primera vibración que tiene, comunica por medio del aire el mismo movimiento vibratorio á la otra, al ejecutar la segunda vibración, en vez de promover el ímpetu que produjo en la primera, le destruye, encontrándose con el movimiento vibratorio de la otra, por no arreglarse la duración de las vibraciones de la segunda á las de la primera. De este modo se aquieta la segunda ántes de producir sonido sensible, ó se mueve poquísimos y sin aquella alternación vibratoria que es necesaria para el sonido. Pero en las unisonas, como al acabar cada vibración la primera cuerda, acaba también la suya segunda, el ímpetu de la vibración siguiente se comunica por el mismo orden, por no encontrarse el movimiento de la una con el de la otra, y así se continúan con regularidad las vibraciones en la segunda cuerda, hasta producir sonido sensible.

Hácese esto palpable en una péndula incitada con repetidos impulsos, levisimos al movimiento; en la cual si cada impulso se repite precisamente al punto de acabar la péndula la primera vibración, se irá aumentando sucesivamente el movimiento hasta hacerse sensible ó bastantemente vehemente, y juntamente regular en la duración de las vibraciones. Pero si repite el impulso ántes de acabarse la vibración antecedente, ó sin observar la duración de las vibraciones, en vez de

el prodigio, reduciendo el efecto á una causa regular, añaden al hecho circunstancias con que mantenerle.

Es muy oportuno para desengañar á los que están encaprichados de las antipatías de algunas especies de brutos, lo que me escribió don José Antonio Guirior, natural de la villa de Aoiz, en Navarra, de haber visto á una perra alimentar diariamente con su leche á unos gaticos; y me confirmó despues ámpliamente el padre maestro fray Manuel de las Heras, de mi religion, que residía entónces en aquel reino, con ocasion de haberle tocado yo lo que aquel caballero me había escrito. Pondré aquí las palabras de su carta pertenecientes al asunto. «Lo de criar, dice, una gata á un perro, y una perra á un gato, es tan comun por aquí, que un muchacho que me sirve, dice haber visto andar por las calles de su lugar (Mendavia) un gato tras de una perra que le criaba; y en los barrios de Hirache (residía en este colegio dicho padre maestro) vimos una gata dar leche á un perro.» En nuestro monasterio de San Martín de Madrid está reciente un ejemplar semejante.

aumentarse el impetu antecedente, se destruirá, y así el movimiento que se continuare en la péndula, sobre ser irregular, será levisimo. Quien quisiere esta materia mas difusamente tratada, y disueltas algunas objeciones, vea el autor citado en su *Tratado de música*, proposición 2.^a, ó al padre Tosca, que le copió (Libro 1 *De música*, todo el capítulo primero), especialmente en la proposición última.

§ XI.

Concluyo el discurso de simpatías y antipatías, advirtiendo que en esta materia se hallan muchas fábulas en los autores naturalistas, por haber sido estos nimiamente crédulos á hombres de poca fe en la testificación de las experiencias. No sólo en Plinio, Solino, Eliano y otros semejantes se halla esta tacha, mas áun en Aristóteles la reprehende severamente el padre Kircher (1).

En el discurso sobre la historia natural descubrimos la falsedad de algunas simpatías, omitiendo muchas más, cuya noticia no es tan vulgarizada, por ser nuestro principal intento proceder contra errores comunes; mas si en materia de antipatías se ha mentido mucho, mucho más, y con mayor extravagancia, en materia de simpatías. Aquí es donde la ficción de algunos siguió hasta el último término el vuelo de su imaginación.

¿Qué decantados fueron los polvos simpáticos, que echándolos en la venda con que se había ceñido la parte herida, á cualquiera distancia curaban la llaga, ó restañaban la sangre, ó quitaban el dolor, áun cuando la venda estuviese en Madrid y el herido en Roma! Todo lo que se ha hallado en ellos es, que hacen algun leve efecto estando la herida y la venda dentro del mismo cuarto ó á muy breve distancia.

¿Y qué diremos de otras portentosas simpatías artificiales, inventadas para lisonjear la imaginación de hombres inocentes? Tal es la de los *sellos planetarios*, que embeben las virtudes de los astros para obrar singularísimos prodigios. Tal la del espejo de Enrico Cornelio Agrippa, en el cual, si se escribian algunos caracteres con sangre, se leían los mismos en el cuerpo de la luna; y de este modo por la estafeta del cielo podia un hombre desde España despachar brevisimamente una carta á otro que estuviese en la China. Tal la de la *lámpara de la vida y la muerte*, de Ernesto Burgravio, llamada así, porque se fabricaba con tal simbolización á algun hombre determinado, que á cualquiera distancia se podian saber por ella la salud, las dolencias, los gustos, los pesares, la vida y la muerte

(1) In Museo Colleg. Rom., parte 1, capítulo VIII.

del sugeto á quien era respectiva, observando los varios movimientos, color, intension y remision de la luz, hasta su total extincion.

Senerto da noticia de esta admirable lámpara, aunque no de su formación. Juan Cristóforo Wagenseil (de cuyo escrito se da larga noticia en el tomo XI de la *República de las letras*) dice que logró copia de un bello manuscrito de una biblioteca de España, donde halló secretos grandes de Paracelso, Agrippa y otros, y entre ellos, el de dicha lámpara. Pondré el extracto de la receta, sacada de dicho autor, cual se halla en el citado tomo de la *República de las letras*, para que tengan de qué reir un poco mis lectores. Sácase Pedro, verbi gracia, un poco de sangre en determinado día; esta sangre, químicamente preparada, da, lo primero, una agua roja, de la cual se pueden hacer filtros, con que Pedro se hará amar furiosamente de todo género de personas y sujetará á su obediencia todos los brutos. Lo segundo, se extrae un aceite, el cual sirve de combustible á la lámpara dicha, y en virtud de él se logran los efectos simpáticos que ya hemos expresado; este aceite conduce tambien para el mismo efecto del espejo de Agrippa, porque ungiéndose con él recíprocamente las manos dos amigos, aunque despues estén distantisimos, todo lo que escribiere el uno en la mano ungida, al momento se verá escrito en la mano del otro. Hasta aquí pueden llegar los sueños de químicarías simpatías.

Sobre el mismo ruinoso fundamento estriba otro secreto, dirigido al mismo fin, propuesto por Eschuvendero, en su *Steganografía aumentada*, el cual es del tenor siguiente: Pedro y Juan, amigos, se hacen cada uno una pequeña herida en cualquiera parte del cuerpo, y despues de enjugarla exactamente de la propia sangre, recíprocamente deslila cada uno algunas gotas de su sangre (que picando con un alfiler, sacará de un dedo) en la herida del otro, y luégo se cubrirá la llaga con algun emplasto. Lo que de esta diligencia resulta (el autor es quien lo dice) es, que por distantes que despues estén los dos, siempre que se picáren en el sitio donde tuvo el uno la herida, siente el otro la picadura en el sitio de la suya. Por este medio se pueden comunicar varias noticias, habiéndose convenido primero en que segun el número distinto de las picaduras, se signifiquen varias cosas á su arbitrio, y áun si quieren, todas las letras del alfabeto, para que no haya noticia ó especie que no pueda comunicarse; pues aunque este último método sea muy prolijo, la importancia de la materia puede compensar ventajosamente el trabajo. ¡Oh qué patrañas inventan algunos hombres, fiados en que hay en el mundo muchos simples!

DUENDES Y ESPÍRITUS FAMILIARES.

§ I.

El padre Fuente la Peña, en su libro del *Ente dilucidado*, prueba muy bien que los duendes ni son ángeles buenos, ni ángeles malos, ni almas separadas de los cuerpos. La principal razon es, que los juguetes, chocarrerías y travesuras que se cuentan de los duendes no son compatibles, ni con la majestad de los ángeles gloriosos, ni con la tristeza suma de los condenados. Esta razon milita del mismo modo respecto de las almas separadas; porque estas, ó están en gloria ó en pena: para las gloriosas son indecentes estas diversiones, y las que están penando no son capaces de gozarlas. A esto se puede añadir que sería una incongruidad suma en la divina Providencia permitir que aquellos espíritus, dejando sus propias estancias, viniesen acá sólo á enredar y á inducir en los hombres terrores inútiles.

Puesto y aprobado que los duendes ni son ángeles buenos, ni demonios, ni almas separadas, infiere el citado autor que son cierta especie de animales aéreos, engendrados por putrefacción del aire y vapores corrompidos. Extraña consecuencia, y desnuda de toda verosimilitud. Mucho mejor se arguyera por orden contrario, diciéndo: los duendes no son animales aéreos; luego sólo resta que sean, ó ángeles ó almas separadas. La razon es, porque para probar que los duendes no son ángeles ni almas separadas, sólo se proponen argumentos fundados en repugnancia moral; pero el que no son animales aéreos se puede probar con argumentos fundados en repugnancia física. Por mil capítulos visibles son repugnantés la producción y conservación de estos animales invisibles; por otra parte, las acciones que frecuentemente se refieren de los duendes, ó son propias de espíritus inteligentes, ó por lo ménos de animales racionales; lo que este autor no pretende, pues sólo los deja en la esfera de irracionales. Ellos hablan, rien, conversan, disputan. Así nos lo dicen los que hablan de duendes; con que, ó hemos de creer que no hay tales duendes, y que es ficción cuanto nos dicen de ellos, ó que si los hay, son verdaderos espíritus.

Realmente es así, que puesta la conclusión negativa de que los duendes sean espíritus angélicos ó humanos, el consiguiente que más natural é inmediatamente puede inferirse es, que no hay duendes. A la carencia de duendes no puede oponerse repugnancia alguna, ni física ni moral. A la existencia de aquellos animales aéreos, concretada á las circunstancias y acciones que se refieren de los duendes, se oponen mil repugnancias físicas.

El argumento, pues, es fuertísimo, formado de esta: los duendes, ni son ángeles, ni almas separadas, ni animales aéreos; no resta otra cosa que puedan ser. Luego no hay duendes. La mayor se prueba eficazmente

con los argumentos que respectivamente excluyen cada uno de aquellos extremos; la mayor es clara, y la consecuencia se infiere.

§ II.

Ni obsta en contrario la vulgar prueba de la existencia de los duendes, tomada de los innumerables testigos, que deponen haberlos visto ó oído, lo cual parece funda certeza moral, siendo increíble que mientan todos estos testigos, siendo tantos. Este argumento, aunque en la apariencia fuerte, sólo es fuerte en la apariencia.

Lo primero, porque apénas son la centésima parte de los hombres los que deponen haber visto duendes. Y ¿qué inconveniente tiene el afirmar que la centésima parte de los hombres son poco veraces? ¡Ojalá no fuera mucho mayor el número de los contadores de patrañas! En cada lugar de cinco ó seis mil individuos de población (tomando uno con otro) habrá doce, catorce ó veinte que digan haber visto duendes. Ruego á los que tienen práctica del mundo me digan con ingenuidad, si hacen juicio que en pueblos de este tamaño no haya más de veinte embusteros.

Lo segundo, porque los testigos que se citan no son examinados legítimamente: era menester, para hacer fe, ser preguntados debajo de juramento, de orden del magistrado ó superior. Las especies que se sueltan en una conversacion son fiadores muy fallidos de la verdad. ¡Cuántas cosas se dicen en los corrillos, que despues se desdicen en los tribunales! En las confabulaciones ordinarias se atiende mucho ménos á la instruccion que al deleite, y nada embelesa más á los circunstantes que la narracion de extraordinarias apariciones; pero áun más deleita al recitante que á los oyentes. Recibe aquel una satisfaccion muy dulce de la cuidadosa atención con que le escuchan éstos; mucho más si, como comunmente sucede, se interesa su aplauso en la narrativa. ¡Oh qué cosa tan grata es para un hombre, el que le crean que tuvo valor para hacer frente á un espectro formidable en el silencio de la noche! La tentación que por esta parte hace la vanidad es tan ocasionada, que no hay que extrañar que tal vez haga caer á hombres bastantemente veraces. Ciertamente es menester un amor heroico á la verdad, para no violarla jamas con una mentira leve, cuando en esto se atraviesa el interes propio, sin riesgo del perjuicio ajeno. Por lo comun no se necesita tanto motivo para mentir en materia de apariciones; basta aquella complacencia trascendente que se experimenta en referir cosas extraordinarias el mismo que se acredita ocular testigo de ellas.

A esto se debe añadir, que muchas veces no se cuentan estas cosas con ánimo serio de persuadirlas, si sólo para hacer burla de alguno ó algunos espíritus crédu-